Bilboko Elizbarrutia
DIÓCESIS DE BILBAO

CRECEMOS EN FAMILIA

ANEXO

PARA DINAMIZADORES, CATEQUISTAS, MADRES Y PADRES

Delegación de Anuncio y Catequesis
Fede- Zabalkunde eta Katekesirako Ordezkaritza

Crecemos en familia[1]

El lugar natural de crecimiento es para toda persona la familia, en ella aprendemos a vivir rodeados del cariño de nuestros seres queridos. Nuestros padres han sido los primeros y más importantes educadores. Ellos nos han dado la vida, nos han cuidado, nos han amado tal como somos, nos han enseñado a caminar. Nos han dado lo mejor de ellos mismos.

Podríamos decir que la familia nos aporta esa seguridad, esa fuerza y esa alegría necesarias para nuestro crecimiento.

Seguramente todos guardamos numerosos recuerdos de infancia en relación con nuestro crecimiento y el de nuestros hermanos. En la memoria consta el trayecto de nuestro progresivo desarrollo no sólo físico, sino también psicológico y espiritual. El marco de referencia de nuestro crecimiento tiene mucho que ver con la familia y sus innumerables cuidados.

Nadie pone en duda la importancia de la familia para el crecimiento del ser humano en general y, particularmente, del niño. El terreno natural donde vive y se desarrolla el niño es la familia. Las diversas parcelas de la personalidad comienzan a cultivarse con acierto o desacierto precisamente en ella. Ésta constituye el escenario más adecuado para que los niños aprendan a interpretar inicialmente los papeles que la vida les irá exigiendo en cada etapa.

Todos necesitamos el entorno familiar fundamentalmente por varias razones:

- Por la debilidad que siente el ser humano cuando nace. Es quizás el animal a quien más tiempo le cuesta desenvolverse y defenderse por sí mismo. El niño necesita absolutamente la cercanía de los mayores, que le alimenten, le protejan...
- Por la necesidad de afecto que vive todo ser humano. De las necesidades vitales que rodean la vida de los humanos, la necesidad de afectividad está en primer lugar. El afecto lo podemos vivir a varios niveles, todos ellos necesarios, posiblemente: la maternidad-paternidad, la pareja, los amigos, las amigas... Para que un ser humano afronte con serenidad su existencia necesita sentirse querido... y sentirse válido, reconocido, útil para los demás. La afectividad vivida en familia, afectividad nacida de una convivencia y de una comunión en la sangre, es sin duda la que más garantías de continuidad ofrece en la vida.
- La familia es el lugar natural donde hacer el despertar religioso. Para el niño pequeño la familia, el hogar es el espacio en el que más tiempo está, en él encuentra cariño, calor... de ahí el que digamos que es el lugar por excelencia para despertar a la fe.

  En la familia, el niño desde las vivencias cotidianas, va aprendiendo una manera determinada de vivir y mirar los acontecimientos. Si lo que percibe y escucha es que Dios está siempre a su lado, si los acontecimientos de la vida se ponen en relación con Dios; si en familia se ora, si ve que para sus padres Dios es importante, aunque él no le vea, poco a poco estaremos haciendo de nuestro hijo o hija una persona que vaya descubriendo la presencia de Dios en su vida. El hecho religioso, además, siempre ha sido una experiencia comunitaria. Uno no busca a Dios en solitario, necesita también de los otros, de sus búsquedas, de sus experiencias. Por otra parte, un encuentro con una realidad tan importante como es Dios, le lleva al hombre a celebrarlo, y las celebraciones no son nunca individuales sino en compañía de otros.

[1] Tomado del tema 4 del curso 1º *¡Despierta!* Guía Pedagógica publicada por las Delegaciones y Secretariados Diocesanos de Catequesis de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria. 2010.

- Por la dimensión comunitaria-social que caracteriza a nuestro ser de persona. Somos seres sociales, comunitarios. Nuestra constitución nos lleva a vivir con los otros. Pero no sería bueno que nos redujéramos al ámbito familiar (vivir el compartir, la comunicación, la afectividad... limitados al campo familiar) pues perderíamos mucha riqueza. Cada uno vivimos riquezas que el otro no tiene, y al compartirlas mutuamente, nos enriquecemos. Por otra parte, la familia no cubre todas las necesidades del ser humano: necesidades sociales (educativas, de sanidad, de cultura, de fiesta...) necesidades religiosas, necesidades incluso afectivas... La persona requiere de organismos e instituciones sociales, políticas, religiosas, además de amigos, pareja. Todo esto le ayuda a pertenecer así al ámbito de su barrio, de su pueblo o ciudad, de su país, se siente solidaria con toda la humanidad de este planeta...

Jesús nació y creció en una familia como nosotros. A continuación, vamos a profundizar en uno de los pocos relatos de la infancia de Jesús.

Cómo lo cuenta la Biblia ...

Pasaje evangélico: *"Jesús entre los doctores"*

"Sus padres iban todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Y cuando tuvo doce años, subieron a la fiesta, como era costumbre. Pasados aquellos días, al regresar, el niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que lo advirtieran sus padres. Y al cabo de tres días lo encontraron en el Templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos y preguntándoles. Cuando le oían quedaban admirados de su sabiduría y de sus respuestas. Al verlo se maravillaron, y le dijo su madre: -Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira que tu padre y yo, angustiados, te buscábamos. Y él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es necesario que yo esté en las cosas de mi Padre? Pero ellos no comprendieron lo que les dijo.Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres. "

Lc 2, 41-52

Reflexión

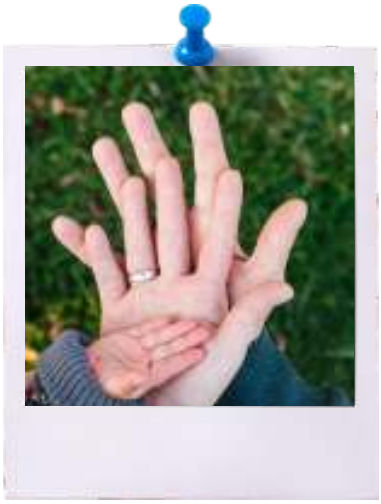
El evangelio de la infancia de Jesús del evangelista Lucas concluye con el relato de ese reencuentro en el Templo de Jerusalén. La intención del evangelista es poner de relieve la afirmación de que Dios es el verdadero Padre de Jesús. En esa escena del Templo se apunta como un anticipo lo que se irá manifestando más tarde, a lo largo de la vida pública de Jesús.

Cuando el evangelio presente a Jesús adulto ya habrá roto sus lazos familiares para cumplir su misión. Pero todavía, como pone de relieve este pasaje evangélico, es preciso que el niño vaya adquiriendo poco a poco una madurez física y espiritual junto a sus padres en Nazaret. Se pone especialmente de relieve la actitud reflexiva con que María contempla lo que la vida puede deparar en el futuro a su hijo.

Jesús no nació maduro y perfecto en su personalidad humana, sino que, como nosotros, experimentó el proceso del crecimiento "en estatura, sabiduría y en gracia ante Dios y los hombres". Él nos sirve de punto de referencia. La experiencia de familia en Nazaret y la relación diaria con los amigos y vecinos estimuló el crecimiento de Jesús.

Aplicaciones para la vida cotidiana

Cuando formamos una familia, solemos repetir los esquemas que hemos tenido en casa con nuestros padres y hermanos. Es bueno reflexionar en pareja sobre qué experiencias hemos tenido en cada una de nuestras familias, qué valores nos han dado, qué vemos como positivo y también, por qué no, qué no nos ha gustado, qué cosas hubiéramos cambiado etc. Esta reflexión nos puede ayudar a pensar entre los dos, qué valores queremos que nuestros hijos aprendan, a qué le damos más importancia y a qué menos.



Muchas veces en esta sociedad nuestra los valores que queremos que nuestros hijos adopten como suyos, se ven en contradicción con lo que en la calle se vive como valor, por ejemplo, el dinero, el consumo, el individualismo, el culto al cuerpo... y se hace muy difícil educar a los hijos como nos gustaría.

Queremos que nuestra familia viva los valores cristianos y que nuestros hijos crezcan en la fe y todo va a depender no sólo de lo que digamos sino de lo que con nuestro ejemplo vivamos.

A veces los padres hacemos dejación de nuestra labor educativa tanto a nivel humano como cristiano por comodidad, porque no queremos enfrentarnos a nuevos problemas o porque delegamos nuestra responsabilidad en otras personas. Esto provoca que nuestros hijos hagan suyos valores que nosotros no aceptamos y que un día no nos reconozcamos en ellos.

Debemos examinar a menudo qué tiempo dedicamos a nuestros hijos, cuál es la calidad de escucha a sus problemas y opciones, con qué tipo de modelos les educamos, si lo que les decimos a los hijos lo pueden ver luego reflejado en nuestro estilo de vivir.

Esto no es sólo a nivel de educación humana y social sino también nos lo deberíamos de plantear para el crecimiento en la fe. Pensaremos en los valores que nos han inculcado a nosotros y reflexionaremos sobre cómo los vivimos y sobre qué valores del cristianismo queremos inculcar a nuestros hijos, con qué dificultades nos vamos a encontrar.

La demostración continua de nuestro amor como pareja y del amor que como padres tenemos a nuestros hijos e hijas, nos ayudará en su educación y crecimiento.

Es preciso que como pareja demostremos a nuestros niños la preocupación amorosa y tierna de que son objeto, y que descubran que también ellos son capaces de dar respuesta cariñosa y agradecida a los padres, abuelos y hermanos que tanto los quieren.

Cualquier día se presta a dar y recibir muestras de cariño, de dedicación, de cuidados amorosos en la familia. No hay que inventar situaciones; basta con leer en las páginas de un día normal.

AYÚDANOS A MIRAR [2]

Señor, ayúdanos a mirar con amor
a todas las personas de nuestra familia,
y a fijarnos en la bondad, tu bondad,
presente en cada uno de nosotros.

Ayúdanos a mirar y acariciar con amor
a nuestros hijos y a ver en ellos tu rostro.

Ayúdanos a comprender con amor
sus aciertos y sus fallos,
sus alegrías y sus dolores.

Ayúdanos a mirar a todos
y a descubrirte en el silencio
y en el trabajo conjunto.

Que la luz de tu espíritu
nos acompañe siempre y nos inspire.

2 "¡Gracias Padre!" Libro de la familia. Colección Despertar religioso en la familia. Delegación diocesana de catequesis. Archidiócesis de Sevilla. PPC. 2011. Página 11.